

# IRIS



NÚM. 105

BARCELONA, 11 MAYO 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

## LAS TRIBULACIONES DE UN SASTRE



ATURNINO Medinilla, es el sastre «de moda» en Madrid.

«Favorecidos» con el aprecio de linajados aristócratas, ricos banqueros, eximios políticos, elegantes «chijos de familia», laureados pintores y amentes literatos, ha logrado el buen Saturnino ser «la envidia» de sus compañeros de gremio y admiración de propios y extraños, que van en él al genuino representante del «último figurín», siempre trabajando y «desvivándose» por complacer a su numerosa y selectísima clientela.

Medinilla, gracias a su talento y habilidad en el manejo de la tijera, se «ha hecho» rico; posee un capitalito muy apreciable y una familia, compuesta de la mujer, a quien adora y de la que es adorado; una hija, rubia como «unas candelas», de diez y seis añitos y un chiquitín que es el embleso de su padre y el «cojito derecho» de la casa.

Pues bien; a pesar de todo, Medinilla no es completamente feliz.

Siempre lo verás en su establecimiento «echando» cuentas, cabibajo, pensativo y como atormentado por honda y perñinas preocupación; fácilmente se advierte en la habitual tristeza de su mirada, que el pobre sastre es víctima de profundo y constante disgusto.

Sobre todo, muéstrase inconsolable cuando recibe noticia del fallecimiento de alguno de sus numerosos y empingorotados parroquianos;

y si se trata de un artista, ¿cosa» por el estilo, en pesadumbre «no tiene fin».

—¿Qué es eso, Medinilla?—le preguntó en cierta ocasión.—¿Por qué llora usted de ese modo? ¿Ocurrió alguna desgracia en la familia?

—¡Ay! ¡No lo quiera Dios! ¡Está visto,—continuó,—que no somos nada en este mundo! Cuando mástranquillo y felices disfrutamos los bienes que el cielo nos otorga... ¡zas, al boyol! ¡Y todo terminó!

—¿Dígubre está el amigo Saturnino,—replicó.—¿No puedo saber que motivos tiene usted para atormentarse de ese modo?

—¿Sabe usted la noticia? ¡Ha muerto D. Apolinar de la Redondilla!

—Lo sé; gran literato, hombre de mérito, gloria de las letras españolas, ¿a quién llorarán sus contemporáneos y cuyo nombre inscribirá la posteridad en letras de oro.

—Dice usted bien! ¡Todos «le lloraremos!» ¡Ha sido una pérdida grande, irreparable! ¡No deja bienes, ni herederos, ni...!

—Eso no es nuevo en este país.

—No señor, no es nuevo, ni mucho menos. ¡Le aseguro a usted, que no dejaré de recordarle cuanto me resta de vida!

—Muero le quería usted y muy grande es el dolor que su muerte le causa, ¿o que vea! ¡Verdad es, que valía mucho y era muy simpático D. Apolinar! ¡Hombres como él, no deberían morir nunca!

—Nunca! Mire usted la cuenta del difunto. «Un gabán raso, guarnecido con piel de nutria, un terno de frac, una capa, dos levitas, dos trajes de diario.» ¡Mil quinientas pesetas! ¡Y, con él, van cuatro en menos de un mes! Total: seis mil pesetas perdidas. ¡Y era usted sastre para esto!

No tuvo paciencia para oír más y, despidiéndose precipitadamente de Saturnino, salió de la tienda.

—¿Cuántas miserias oculta la sociedad con doradas apariencias... y cuanto egoísmo cabe en el corazón humano!

LUIS FALCATO



# LAS FLORES DE MARIA

## I

(EN CASA DE DOÑA MARIA)

—Bien se ha portado conmigo mi sobrino. Ofreciéndome regalarme un ramo de cinco duros el día de mi cumpleaños, y aquí está. ¡Qué ramo tan hermoso! ¡Y qué cumplido y qué generoso es mi sobrino! No lo será tanto mi esposo, no hay cuidado. A última hora, como todos los años, se descolgará con alguna baratija. ¿Y no es una lástima que estas preciosísimas flores se ajen? Si estoy tentada por hacer una cosa... El no se ofenderá... no, que es un buen muchacho mi sobrino... ¡Vaya, me decido! Voy a regalar a la Virgen lo que a mí me han regalado. Así como así yo soy devotísima y en mayo no le hice a la Virgen ofrenda de flores como otros años.

Ya estoy decidida. Este ramo está destinado al ciclo. A ver si veo al monaguillo desde el balcón. ¡Justo! Allí está jugando al peón. ¡Qué bueno es vivir frente al templo! Me asomaré. *(Sale al balcón)*. ¡Eh! ¡Estebanillo! ¡Sube, hijo, sube!

—Servidor de usted, doña María.

—Mira, lleva esto a la iglesia y ponlo en el altar de la Virgen.

—Con *muchísimo* gusto. ¡anda y que ramo tan majó!

—Como que vale cinco duros. Ten cuidado, no se estropee. Y toma dos reales por el encargo.

—*Muchísimas* gracias, señora. (Ahora me parece el ramo *entoavía muchísimo* mejor, pero que *muchísimo*). Voy a colocarlo en un periquete.

## II

A LA PUERTA DE LA IGLESIA

—Oye, niño, ¿dónde vas con ese ramo?

—¡Anda, el gomoso! ¿Y a *usted* qué le importa? Cuidese *usted* de su levitón ó de recordarse ese *cueyo* que le tapa la cara.

—¡Hombre, no te enfades. Es que si quieres venderlo... Te doy por él tres duros, a tocateja.

—No *pué* ser, porque... pero... (Tres duros... y doña María no está en su balcón... ¡Pero si quince pesetas son *muchísimo* dinero!)

—Vamos, ¿te decides?

—*Pas, mi* *usté*, señorito, que ya estoy decidido. Vengan los *monises*.

—Toma y llévamelo aquí al lado. Al teatro de Apolo. ¿Vamos?

—Sí, vamos, y... la del humo... *Na*, que no es Estebanillo el que vuelve a ser *monago* en la iglesia de San José. Así como así, me daba ca repelón el sacristán.

## III

EN EL ESCENARIO DE APOLO

—¿Y qué me importa a mí que sea temprano, *charmante* Aurelia? Supe que había ensayo a las once y he madrugado para entregar a usted este *bouquet*, porque se que delira usted por las flores como yo deliro por usted.

—¡Lindo ramo! Es divino... Perdona usted, don Miguelito... Me llaman a escena... Hasta la noche y gracias mil por su regalo.

—Hasta la noche, corista, adorable.





—¡Diablo de hombre! Siempre con las flores á vueltas. ¿Y qué hago yo con esto? Por fortuna, la tiple es aficionada á ellas. Allí está. A ver si consigo que se le antojen.

—Vaya, que el ramo es magnífico.

—Lo ha dejado aquí una amiga mía, por si alguien lo compraba.

—¿Y cuánto pide por él?

—Dos duros.

—Es barato. Tómelo usted y déselos. ¿Está por aquí mi doncella?

—Aquí estoy, señorita.

—Tome usted este ramo y llévemelo ahora mismo á casa.

—Voy, señorita. (Esta mujer se va á volver loca con las dichas flores. No, pues yo no voy hasta casa cargada con esto. Diré á mi señora tiple que me ha caído y se han estropeado.)

#### IV

Á LA PUERTA DEL TEATRO

—Parece que aquel vejete las mira. Me paro aquí como distraída. Se acerca... creo que las huele. ¿Compra usted este ramo, caballero?

—Si pide usted poco por él.

—Casi nada. Un duro.

—Tómelo usted. (No es caro me voy á lucir con el regalo.)

#### V

Otra vez en casa de doña Matiana

—¡Je! ¡Je! Mira lo que le trae el marido á su mujercita.

—¿A ver? ¡Dios mío! ¡Mal cristiano! ¡Sacrilego! ¡Impío!

—¿Pero te has vuelto loca?

—¡Infame! ¡Judío! ¿Conque profanas los altares y robas de ellos las flores?

—¿Qué estás diciendo?

—Y todo por tacañería. ¿Crees que no conozco yo ese ramo? ¿Lo ves? Mira lo que hago con él. (Abre el balcón y lo tira á la calle.)

#### VI

Debajo del balcón de doña María

—¡Misericordia! ¿Qué han arrojado sobre mí? ¡Valiente golpe he llevado! Me han abollado por completo el sombrero de copa. ¿Qué dirá mi tía cuando vea que voy á felicitarla hecho una facha? ¡Agachándose y tomando lo que han tirado! ¡Calla! Pues si debe de haber sido ella misma quien me ha lanzado este proyectil. Mi ramo... un ramo de cinco duros. ¡Vieja estúpida! El tonto he sido yo. ¡Vaya el ramo al infierno! (Lo arroja con violencia contra la pared.)

Y véase como un ramo destinado á la Virgen lo recibió el diablo.



JULIO VICTOR TOMEY

(Dibujos de J. Mongrell)

## EL SR. PI Y MARGALL EN BARCELONA

Mucho antes de la hora señalada para la llegada del expreso de Madrid, la mañana del 3 del corriente, estaba ya el andén de la estación lleno de correligionarios, amigos y admiradores del ilustre repúblico. Así que el tren arribó, del numeroso grupo partió un caluroso aplauso mezclado con vivas, cuando de un coche de primera inmediato al «sleeping car» vióse descender al señor Pi y Margall, que venía á presidir la fiesta de los Juegos Florales.

Al apearse recibieronle los brazos de su hijo y poco después los de todos los amigos, que emocionados é impacientes disputábanse el honor de estrecharle la mano, viéndose confundidos entre las comisiones á numerosos obreros.

— ¡Viva el hombre honrado! — gritó una voz, y al punto millares de ciudadanos repitieron con atronadora energía la aclamación, la más grata que puede resonar en los oídos de un gobernante.

Al salir el señor Pi y Margall á la plazuela de la estación, redoblaron las aclamaciones, y durante un rato no pudo el ilustre político dar un paso.

Puestos en marcha los carruajes de la comitiva, tras ellos siguió mucha gente que no cesaba de dar vivas al señor Pi y Margall. Frente al monumento á Colón, algunos individuos de la manifestación dirigieron los caballos del coche del señor Pi por el centro de la Rambla entre nuevos aplausos.

Cuando el señor Pi y Margall llegó á su domicilio, tuvo que asomarse al balcón para corresponder á las incesantes aclamaciones.

Poco después le visitaron varias comisiones, para todas las cuales tuvo el Sr. Pi frases de gratitud,

mas para nadie tanto como para los venerables veteranos del partido federal catalán señores Lluvia, Paredas y Gaspar, compañeros de aquellos inolvidables Abdon Terradas y Francisco de P. Cuello, cuya memoria es sagrada para los republicanos.

El 29 del pasado abril cumplía D. Francisco Pi y Margall setenta y siete años, con cuya ocasión pudo convencerse de la excepcional estimación de que goza entre todos los que rinden culto á la honradez, el talento y la modestia; pero si algo faltaba para afirmar el altísimo concepto en que se le tiene como dechado de probidad y ejemplo de políticos, la recepción que se le hizo en Barcelona confirma que no hay, absolutamente, ningún estadista que mayor respeto inspire ni más ciega confianza infunda.

Pi y Margall ha obrado siempre de igual manera que ha pensado, al revés de otros que predicán una cosa y hacen otra.

El discurso presidencial de los Juegos Florales fué pura y simplemente una obra maestra de estilo y un monumento de alta política. Solo el *grande anciano* posee el secreto de aunar la más insuperable limpidez de la frase con la profundidad de la doctrina.



EL SR. PI Y MARGALL PASANDO POR EL PASEO DE COLÓN



LA MULTITUD ACLAMANDO AL «HOMBRE HONRADO»



D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

—Maestro, me ha dicho mi padre que hoy no puede venir, porque está malo.

—Pues dile á tu padre que así reviente y que ya podía haber elegido otra ocasión para enfermar.

Este diálogo se desarrollaba en Murcia, entre el director de la banda y el hijo del que corría con el bombo. La cosa era para desesperar al director, porque el concierto, ó lo que fuese, iba á comenzar y el bombo se hacía tan preciso como el mejor de los instrumentos.

—No se apure usted maestro, —dijo entonces uno de los mocetes de la banda; —yo me encargo del bombo.

—¡Claro! y el figle que lo toque el obispo.

—No señor, lo tocaré yo también: ¿no tengo dos manos? pues una para cada instrumento; y me descuentan usted dos reales por cada *moro*.

Empezó el concierto, aquel chibuelo tocó el figle con la mano derecha y el bombo con la izquierda y todo marchó á pedir de boca. Huelga decir, porque ya el lector se lo ha imaginado, que el mocete en cuestión era Manuel Fernández Caballero, el número diez y ocho de sus hermanos y el más listo de todos ellos. ¡Ya lo creo que era listo! A los cinco años cantaba de tiple en las Madres Agustinas de Murcia, su pueblo natal; á los siete tocaba el piano, el violín, la flauta, lo que *salta*; poco después interpretaba la parte de Polión en *Norma* obra representada por una compañía infantil; por entonces aprendía, sin necesidad de maestro, el cornetín, figle, obóe, trompa, clarinete, etc.; á los doce años ya era autor de algunas obras religiosas, y de no pocos valse, mazurkas y pasos dobles, que si no estaban ajustados á la técnica sonaban bien y tenían público que los celebrase.

Diríase que la Naturaleza se propuso crear un músico de cuerpo entero y decia al ver su

obra: —Así se hacen las cosas. ¡Facilillo era retener en Murcia á un chico que tanto *se trata*! A los quince años se trasladó á Madrid y al poco tiempo ingresaba como primer violín en la orquesta de la Opera. Pero él aspiraba á un poquito más que á ser intérprete de las composiciones ajenas; quería tenerlas propias y que otros fueran los intérpretes. Y entró en el Conservatorio. Allí estudió con Esclava la armonía y la composición haciendo fugas y contrapuntos que asombraban á su maestro el cual solía decir al verles:

—¡Diablo de chico, ni que fuera Bach!

Terminó brillantemente sus estudios, fué admitido por unanimidad á concurso, se le adjudicó el primer premio, consistente en medalla de oro y título de profesor y comenzó la lucha.

Su primera batalla la ganó á los diez y ocho años de edad, con la zarzuela *Tres madres para una hija*, estrenada con gran éxito en el teatro de Lope de Vega. Pero no quiso en ella dar la cara; temía á los *morenos* y no estaba de humor de echar su nombre á la arca: echó un seudónimo; se llamó Florentino Durillo y con él debutó en el teatro. Para entonces ya había figurado en las oposiciones á un magisterio de capilla de Santiago de Cuba, y aunque en ellas se llevó la palma no obtuvo la prebenda, porque era un chiquillo y consideró el tribunal que sería una chiquillada hacerle maestro de capilla. Dios bendiga á los que así pensaron, pues si Caballero sienta sus reales en América y en vez de bregar con autores lucha con canónigos, y en lugar de escribir para el teatro lo hace para la «Casa de Dios» ¡quién sabe si el genial

maestro, de todos admirado y por todos aplaudido, no hubiera sido un canónigo más, sin corona ni sotana!

Desde que estrenó su primera obra hasta 1864 en que marchó







A Cuba escribió treinta zarzuelas de todas clases y longitudes. A tres por año. Si eso no es ser fecundo venga Dios y véalo.

En Cuba permaneció largo tiempo, y mientras allí dirigía, acá estrenaba, y tenía éxitos como el de *Luz y sombra*. Si pudiera uno dejar correr la pluma; vaya una serie de anécdotas que contaría a mis lectores, todas referentes a Caballero! Pero hay que cesarse, si no ¡dónde íbamos a parar! Hallándose de tertulia en cierto salón de Buenos Aires, instaron a una señorita aficionada para que cantase alguna cosita.

—Nose de memoria más que un vals, el de *El salto del pasiego*, —contestó la aludida.— ¡Si hubiese alguien que supiera acompañarlo!

—Yo lo haré señorita, —dijo el maestro a quien casi nadie conocía allí.

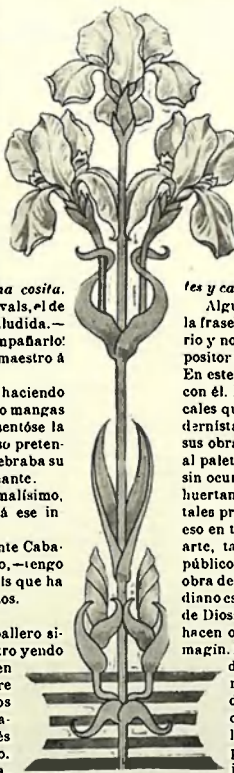
Y cantó la niña como un pato haciendo de la obra, del compás y del ritmo mangas y capirotos. Aplaudió la gente, sentóse la *diva*, se acercó a ella un gomoso pretendiente y al mismo tiempo que celebraba su habilidad se burlaba del acompañante.

—Calla, hijo, qué pasó un rato malísimo, —arguyó la artista.— ¡Quien será ese infeliz!

—Señorita, —dijo sarcásticamente Caballero, que había oído aquel diálogo, —tengo el gusto de ser el autor de ese vals que ha tenido usted la bondad de cantarnos.

¡Tableau!

A su regreso de América, Caballero siguió escribiendo obras para el teatro yendo de triunfo en triunfo. A la edad en que otros maestros de renombre apenas han echado los cimientos para el edificio de su gloria, Caballero quitaba el andamiaje, después de terminado y revocado el suyo. Había dirigido compañías de ópera, de zarzuela y sociedades de conciertos, era socio honorario de las principales corporaciones artísticas del mundo, tenía varias condecoraciones y su nombre no se quitaba nunca de los

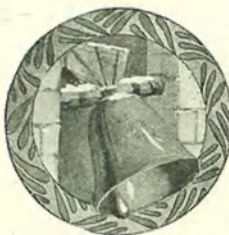


carteles. Ha escrito cerca de doscientas «bras teatrales entre las que recuerdo *El loro de la guardilla*, *Luz y sombra*, *El primer día feliz*, *Las nueve de la noche*, *La Marsellesa*, *El siglo que viene*, *Los sobrinos del capitán Grant*, *El salto del pasiego*, *Las dos princesas*, *El lucero del alba*, *Las mil y una noches*, *Los bandos de Villafrida*, *Chateaur Margaur*, *Cuba libre*, *España*, *La choza del diablo*, *Los aparecidos*, *Triple alianza*, *El duo de la Africana*, *El cabo primero*, *La viejecita*, *El pudrino de «El Nene»*, *El Sr. Jotquín* y *Gigantes y cabezudos*.

Algunas de esas obras son (y permítaseme la frase) el pan de la música: se toman a diario y no cansan jamás. Caballero es un compositor genuinamente español y zarzuelero. En este punto sólo Barbieri pudo competir con él. No entró en esas logomaquias musicales que tan perturbados tienen a los modernistas: hace cantar a los personajes de sus obras como el sentido común aconseja, al paleta como paleta, al señor como señor, sin ocurrírsele nunca poner en boca de un huertano v. gr. melodías y giros instrumentales propios del *Caballero del Cisne*. Por eso en todas sus obras hay tal verdad, tal arte, tal *difícil facilidad* que avasallan al público y se lo llevan de calle. Para que una obra de Caballero sólo alcance un éxito mediano es preciso que la letra no tenga ferdón de Dios: porque el maestro no escribe, como hacen otros, lo primero que se le viene al magín. De todas las ideas que en tropel acuden a su imaginación, elige las mejores, las más características, las que dicen con mayor claridad aquello que se propone decir, y prescinde de las otras, las olvida, las anula, siempre seguro de que al llamar a la inspiración, la inspiración vendrá a sustituirle. Lo que él desperdició bastaría para dar nombre a algunos maestros.

Este sí que es una gloria nacional.

PASCUAL MILLÁN



## LA BATALLA DE LA NIEVE

Era una noche triste aquella noche, una noche en que, *dijérase*, se habían dado cita el bien y el mal para luchar en el espacio.

El invierno extendía su imperio de horrores. Ni había flores en la tierra, ni estrellas en el cielo.

Las tinieblas habían tejido su manto más tupido, más impenetrable, más pavoroso. Sabed que se preparaba una gran batalla. En las nubes había nieve. En el surlo había fango. Iban a pelear, de un lado, la casta virgen, coronada de azahars, vestida de azucenas, llena de pensamientos, blancos como jazmines; y de otro, la impúdica hembra del arroyo, sedienta de olvidadores, embalsamada la sien de lodo, repleta de inmudiciales.

Empezó a caer la nieve. La nieve caía tranquila, lenta, silenciosa. Caía como una buena obra. Creyérase que, al caer, sonría. Era, en efecto, una vasta sonrisa, una sonrisa cándida, una claridad congelada, una lluvia de ideas virginales, que venían de las regiones más cercanas a Dios, trayendo al mundo divinos ejemplos de pureza y de hermosura.

Caía la nieve, poniendo, en las casas, techumbres de armño, como si se tratara de purificar. Así: caía la nieve salpicando los árboles, ahoya desnudos y esqueletados bajo la barbara mano del tiempo cruellismo, con milares de copos, que recordaban las albisimas floraciones primaverales, caía la nieve sobre las altas torres, festoneando las campanas de bronce con guirnaldas de cristal; caía, en fin, la nieve sobre el bajo suelo, sobre el pavimento de las calles, donde el fango guardaba las huellas de todo lo que pasaba, pero donde desaparecía la pobre, la frágil, la inmaculada nieve.

He ahí la lucha, el gigantesco combate que presencié yo en una noche de invierno.

Desde las alturas incessantemente ejército invisibles, de ángeles, sin duda, no descendieron, en larguísimo rato, de disparar sobre la tierra una blanca é interminable metralla.

Más, apenas llegada, era absorbida por el fango. Y así digo que era lamentable espectáculo, en verdad, ver como toda aquella artillería colesita de alas de mariposa, de virtudes de marfil, de corolas encarádas, de lacteadas espumas, se embolaba, se ennegrecía, perdía la forma primorosa, encontraba rápida sepultura en el lecho de cieno de las calles.

¡Qué tumba tan miserable es la que recibe una flor de nieve en la huella que dejó un pie en el fango!

El fango venía. El fango mataba á la nieve. No había redención. Estábamos condenados los hombres a andar eternamente entre impurezas. Los pies no podrían dar más un paso sin mancharse. Triunfaba el fango.

No obstante, transcurría como siempre el tiempo, y continuaba cayendo la nieve. Y caía cada vez más tenaz, más compacta, más nutrida. Al final descendía más alegre y bulliciosa. Un ligero rumorcillo bajaba con ella.

Creyérase que cantaba.

¡Obi Si. Cantaba. Yo escuché su canto. Oído.

Soy nacida en la tierra, pero estoy purificada en el cielo. Salida como la alimaña de las profundidades del mundo, me cierro como el águila por las alturas del infinito, y descendiendo entre los hombres para que de vez en cuando haya entre ellos alguna cosa pura. Parezo cruel en ocasiones. ¿Sabéis en qué momentos? Cuando sirvo de sudario al infeliz caminante, que fallece de cansancio y de frío, recostado en mi regazo. Pero no soy despiadada. No hago más que dar reposo eterno á una miseria. Más, soy sobre todo, un hermoso ejemplo que Dios envía á los mortales para recordárlas que siempre el bien sobrenadará por encima del mal. Siempre la nieve concluirá por destruir el fango.

Y, en efecto, á la mañana siguiente de aquella noche triste de invierno, llena de horrores, bajo los rayos vivificantes de un sol viciososo, víéronse todas las cosas cubiertas de nieve. Hasta el negro fango se había trocado en blancura.

¡A quién de vosotros no habrárás acausado: los infortunios, no habrá manchado la villanía? Pero hay que proceder como la nieve, ¡venciendo al fango!

JOSÉ DE RILLES





# FEMINISMO

Aunque la gente supone  
que en la casa importante  
tiene interés palpable  
el feminismo, y se impone.

Escriben apasionadas  
sin fuerza para luchar...  
¡no os atreáis a luchar!  
de los hechos conmovedores!  
Por mucho que nos asombró  
fueron en reconocer  
que crearon la mujer  
y ya igualados al hombre.

¡Progresos extraordinarios  
que vendrán, en conclusión,  
a hacer sus esfuerzos  
de los dos sexos contrarios!

En no muy lejana edad  
¡que era la mujer! Pues era  
nuestra dulce compañera  
y nuestra cara mitad.

En el hogar placentero  
serán los cálidos,  
unidos a los chiquitines  
y unidos del mundo.

Hay ha dado en avanzar  
de todo aquello se olvida  
y supone que "has más vida  
y más aire en que volar"

Tu ya no es la "tanta o para"  
digna de todos amores  
dedicada a los labores  
que el peón asegura.

Si la hacendosa y dispuesta  
"madre-familia" amada  
que preside la vida  
"cabe" la camilla de la vida.

Hay, en nuestra sociedad,  
las mujeres son... "¡las amas!"  
Brillan en todos los campos  
de la humana actividad.

Y luchan en todas partes  
y se sienten conmovidas,  
y trabajan en las ciencias,  
en las letras, en las artes.

Se dedica a un empleo  
cualquier cualquier cosa,  
¡y algunas "van al servicio!"  
lo mismo que al otro fue!  
¡Hay abogadas, letradas,  
expedienteras, escritoras,  
telefonistas, doctoras  
y, en general, bachilleras.

Hay profesoras en todas  
dignas como de antes.  
"médicas, Leinas Michels"  
más elocuentes que Marxes.

Tiradoras de armas, diestras,  
zarzueras arregladas,  
medicinas interesantes,  
pedagogas modernas.

Se ven evidentes progresos  
admiran y nos asombran.  
¡Ya en muchas partes las nombres  
"mujeres" de varios congresos.

Y si sigue esto hacer  
hemos de llegar a ver  
que nombres a las mujeres  
"mujeres..." del interior.

De mudas hablar no quere  
por el tema me reconoce,  
pero hoy rió la señora  
lo mismo que el caballero.

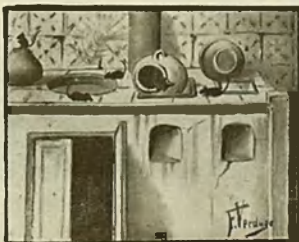
Otridando el polizonte  
y la clásica "ruina"  
¡llega cambro, leña,  
gualas ¡y algunas hualas!

El progreso, a mí rebote  
en muy tanto lo cambro...  
y rose por el progreso,  
que admiro, de la mujer.

¡Poco que no sea imita  
por buscar naves laurales!  
¡que no cambie los papeles  
y que no se extralimite!

Pues estas cosas vendrán,  
si de tal modo se pisan.  
¡A hacer del mundo una hermosa  
lila de San Balduino!

ANTONIO PALOMERO





MERCADO MARROQUI

Ayuntamiento de Madrid



Fernando C.

claros de lo  
verdor de lo

Martín



ANTES DE LA CORRIDA, por E. Aguilera

Los más encarnizados enemigos de la fiesta nacional se ven obligados á reconocer que, de todas maneras, hay en las corridas de toros un grande elemento *estético*; y cuando eso conceden, puede asegurarse que muy grande, debe ser en efecto, su potencia pintoresca. Pero, por si alguno lo dudara, ya se encargan los artistas de demostrarlo, no cansándose de tomar por asunto de sus obras, escenas, tipos y costumbres toreras, con perfecta seguridad de hacer algo atractivo y bello. Ya es un lance de la corrida, ya la oración á la Virgen, ya lo que se ve *Antes de la corrida*, ya lo que se ve después, como ha hecho Zuloaga en el cuadro que tiene expuesto actualmente en el *Salón* de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. Y puesto que de toros hablamos creemos que nuestros lectores habrán de saber con sorpresa que una de las *grandes atracciones* de la Exposición de Buffalo (Estados Unidos) será una serie de corridas de toros, lidiados por un tal *Llaverito*, contratado en Méjico.





Fernando Cabrera: LA ETERNA VÍCTIMA

El distinguido pintor alca-  
yano D. Fernando Cabrera  
Cantó, bien conocido por las  
bellas obras que ha expuesto  
en diversos certámenes, tiene  
en el palacio del Hipódromo  
un cuadro *La eterna víctima*  
que ha merecido muchos elo-  
gios. Representa a una familia  
obrera, rindida por el ham-  
bre. El padre, de torvo sem-  
blante, contempla la visión,  
que aparece en el fondo, de un  
trabajador que con la tea in-  
cendiaria excita a la vengan-  
za a sus compañeros.

*La Vendimia*, del eminen-  
te artista D. Salvador Vinie-  
gra, es un lienzo de gran ta-  
maño, en el cual el autor hace  
gala de su singular dominio  
de la luz. La composición es  
briosa, y los trajes blancos y



Agustín Querol: BUSTO HACO



Salvador Viniegra: LA VENDIMIA

claros de los vendimiadores se destacan brillantemente sobre el  
verdor de los pámpanos y los racimos de las cepas, admirablemen-  
te pintados



J. Moreno Carbonero: RETRATO DE LA HIJA  
DE LOS ENCINOS

*El Invierno*  
en Munich, de  
Martínez Ruiz

es un cuadro notable. Sobre el nevado suelo, vién-  
dose la ciudad en el fondo, como helada bajo su  
blanco sudario, cuatro poderosos caballos tiran  
de un pesado carro. Han sido muy alabadas la am-  
plitud de los brochazos y la castiza manera, que  
recuerda a Velázquez.

Pocos cuadros han producido tanto impresión  
como *Los amigos de Jesús*, de Fillol, artista de  
grandes vuelos, muy al caso para cultivar el sim-  
bolismo, como ya demostró en su famoso lienzo



Martínez Ruiz: EL INVIERNO EN MUNICH



Daniel Cortés: COCINA DE HOTEL.



Antonio Filloi: LOS AMIGOS DE JESÚS

*La bestia humana.* Hé aquí como lo describe un crítico:

«En el interior de una cabaña de pescadores valencianos se junta una familia para gozar de un pálido rayo de sol. La madre acaricia á sus hijos. Estos, desnudos y hermosos, juegan en el suelo. Junto á la madre vive muriendo un viejo que se arrebujó en una manta, temeroso de frío, sediento de calor y de luz. Varios pescadores, con sus útiles de trabajo, se destacan en la cabaña. Y por el fondo de ella aparece una figura blanca, diáfana, envuelta en aérea túnica, inmóvil en su grandiosa sencillez, recorriendo su silueta y sus resplandores sobre el fondo de la Albufera, verdadero y real Tibet para el caso, con sus cabañas primitivas revestidas de paja. Es Jesús, el amigo de los pobres, que viene á consolarlos, á infundirles alientos, á vivir con ellos.

Es, en fin, un cuadro muy bien pensado y bien

compuesto.» El ilustre maestro Sr. Moreno Carbonero presenta un retrato de niña con el mismo traje que, vestido por una infanta, pintó Velázquez. Es un verdadero derroche de dibujo y de color y como no tiene nada de extraño y el pintor ha llegado al último grado de la perfección en la imitación de las telas.

El Sr. Cortés (D. Daniel) tiene un original bodegón con una figura: *Cocina de hotel*; el señor Gimeno Reguier *Marca baja*, excelente marina inspirada en la costa de Asturias, y Cardona y Tío un magnífico paisaje *De mi tierra*.

En escultura expone el gran maestro Querol un *Baco*, de primer orden, y Alcoverro una difícil y bien ejecutada composición: *La Ola*.

Verificada la votación para la Medalla de Honor y á pesar de los desesperados esfuerzos de algunos para impedirlo ha sido casi unánimemente proclamado para aquella suprema distinción el eminente autor de *Triste herencia*, D. Joaquín Sorolla.



Juan Cardona y Tío: DE MI TIERRA



José María Alcoverro: UNA OLA



Eugenio Gimeno Reguier: MARCA BAJA



## EL ALFILER DE LA PRINCESA

### I

La corte del magnífico Harum, andaba de cabeza. Desde el gran visir, hasta el último de los fakires agoreros, iban de acá para allá, en interminable procesión de azogados, de temblorosos, con los semblantes cariacontecidos, hablando en un cuchicheo de inquietud. Hasta el magnífico y poderoso Harum, príncipe de los creyentes, señor de los poderosos, se había vestido sus atavíos de guerra, ceñido el alfange, corvo y reluciente como una media luna de plata, que colgaba del tahalí de pedrería, y aguardaba impaciente al emisario enviado a su mortal enemigo Abdalá, señor del bajalato de Durmenia.

La guardia mongólica, enseñaba su fila de gorros negros en el gran patio de corte con las picas al hombro, en señal de partida. Una muchedumbre de pordioseros, pescadores, esclavos, servidores del templo de la Paz (cerrado aquella mañana), chiquillos desarrapados y mujeres salidas de los lupanares, llegó delante del gran palacio, en una espantosa algarabía de gritos y maldiciones. Podían venganza de los prisioneros degollados la noche antes por las turbas de Darmenia. Sonó el caracol real, ronco e imponente, y Harum, el magnífico, á caballo, seguido de su guardia roja, de sus estandartes verdes, de los sacerdotes del gran templo, de los altos dignatarios, de sus eunucos y de sus doscientas mujeres apareció en la puerta.

Aulló la multitud, con alaridos desesperados, en un vitor aterrador e imponente. Sonó otra vez el caracol real y todo el mundo se echó á tierra, al suelo, en una prosternación de mondogio, cuando por el extremo de la plaza, llegaba, á todo el correr de su jaca morcilla, bañada en sudor y tascando el freno espumoso, el emisario. Harum rasgó el pliego.

Abdalá, el perro, el espúreo, declaraba la guerra. Entonces, Harum, á una señal de su pañuelo blanco, hizo venir á la princesa Zoraida.

Abrióse la muchedumbre en dos filas, como el lecho de un gran río, y seguida de sus veinte virgenes negras, llevó la princesa toda blanca; la túnica, el velo, el gran collar de perlas de Balsora, las sandalias de armiño, el abanico de plumas de cigüeña, el coram empastado en nácar; los dientes, los brazos la cara...

Toda blanca, menos los grandes ojos, negros y brillantes; todo sencillo, tierno, agradable, atrauyente, menos la mirada de odio, sombría, rabiosa.

Era la aurora de un día terrible; el amanecer de una guerra encarnizada y mortal.

Harum entregó á la princesa el alfiler simbólico, larvo y sutil, como un cabello, rematado en una



gran perla de los tonos más limpios. Leyó el capítulo del Gran Mandato. Cuando el príncipe atravesara el río Nir, la princesa saldría á su encuentro; le atraería, enamorándole; le haría dormir en la gruta de rosa y le clavaría el alfiler...

## II

Entraban los caballos darmenios en el gran río, ancho y silencioso, alborotando las aguas tranquilas con su bracear desesperado. El príncipe llegó á la otra orilla. Era joven, hermoso, gentil, valiente; era la creación de un sueño de mujer enamorada. La joven princesa le salió al paso, ocultando el alfiler entre sus manos de nieve, saviés como las hojas del tulipán. Las tropas, formadas en la vega, brillantes y animosas ante la magnificencia de aquel sol asiático, ante la hermosura de aquel paisaje riquísimo, alborotaban el aire con las voces de los guerreros, el relincho de los caballos y el

són de los cascabeles de guerra. Los príncipes se encaminaron á la gruta. Un montón de rosas deshojadas, era el lecho nupcial. El cielo de la gruta, colgado de guirnaldas de flores, estaba cuajado de estalácticas verdosas, que goteaban con una música de amor.

La princesa dejó oír su voz de flauta y animó sus miradas enloquecedoras. El príncipe, como anestesiado por la dicha, recostó su hermosa cabeza en la blanca falda sedosa. Entonces, el alfiler brilló en el aire...

Pero el corazón de la princesa latía afanosamente, como si se le quisiera ir del pecho. ¡Era el príncipe tan joven, tan hermoso! ¡Dormía tan confiadamente, con una bondad tan dulce! La princesa se inclinó hacia aquella cara que le atraía...



El alfiler cayó al suelo, rebotando en las piedras verdes por el musgo... Sonó un beso...

## III

Harum, el magnífico, seguido de sus tropas, penetró en la gruta. Los dos príncipes, abrazados, dormían al arrullo del agua sonorous. A sus pies, el alfiler cabrilleaba con los reflejos de su gran perla.

Entonces Harum, hizo sonar el caracol. Los amantes despertaron. El poderoso rey, habló á la princesa. La pobre niña, azorada, temblando de miedo, no supo decir nada; pero, miraba al príncipe, que se la comía con los ojos.

Y Harum, viendo como el amor se escapaba de aquellos ojos, habló así: — «En verdad, que fué torpeza del viejo y no culpa de la juventud. Porque el amor, solo en los días jóvenes es irresistible. Príncipe, te perdono. Y á ti, princesa, en recuerdo de este día memorable, te regalo el alfiler del Gran Mandato...»

Y cuando, por las fiestas reales, todo era alegría y felicidad en los dos Estados amigos, la princesa, prendió su blanca toca de desposada con el alfiler simbólico, con aquel alfiler emblema de muerte para el viejo y signo y fuente de vida para la joven mujer enamorada.

CRISTÓBAL DE CASTRO



## EL SACRIFICIO

La niña Enriqueta yacía en un lecho presa de la fiebre que amenazaba arrebatársela al amor inmenso de su joven madre la magnífica viuda del Cerro.

Junto á la cama hallábase un hombre joven también y de noble aspecto, cuya inteligente mirada acariciaba y envolvía á la enferma como el quísera penetrar en aquel cuerpo casi fuerte é infundirle nueva vida.

Detrás, en pie, triste y silenciosa, caídos los brazos y pálido el rostro, volase á la pobre madre esperando ansiosa, respirando apenas y conteniendo con supremo esfuerzo las lágrimas que se agolpaban á sus enrojecidos ojos.

Pasados algunos instantes que parecieron siglos, la joven viuda inclinó el rostro y acercando los labios al oído del abstraído caballero, murmuró con dulce y apenado acento: —¿Y bien... Pablo?

El interpelado volvió de su abstracción, levantóse, cogió de una mano á su hermosa interlocutora y la condujo á un diván no lejos de la enferma en donde le hizo tomar asiento á su lado exclamando:

—El médico del pueblo no se ha engañado: la niña está muy grave, pero...

—¿La salvará?—preguntó casi con desesperación la desconsolada madre dando rienda suelta á sus lágrimas.

—Oye, Mercedes,—murmuró Pablo al oído de la joven viuda abrazándola junto á su pecho con amoroso transporte.—Desde nuestra infancia sabes que te amo con toda mi alma aunque mi pobreza y mi condición humilde hubieran impedido llegar hasta ti, noble y rica y haya sufrido el martirio horrible de verte unida á otro hombre sin amarle y solo por seguir el mandato de tus padres.

—¿Es verdad?

—Te entonces marché lejos abandonando estos lugares en donde dejé cuanto amaba en el mundo, á ti y á mis padres; encerréme en un pueblo triste y solo y allí tuve la desgracia de enamorarme á una joven á la que me uní en un momento de extravío, pues luego héme convencido de que no puedo amarla, que no podré amarla nunca porque mi corazón es tuyo, siempre tuyo, hasta la muerte.

—¿Pablo?

—Sí, Mercedes; te amo con delirio desde aquellos tiempos cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria, por eso he venido presuroso á tu llamamiento y he de luchar y lucharé con todas mis fuerzas para salvar á esa pobre niña cuya muerte sería para ti un verdadero infortunio.

—Sí, Pablo, si salvas á mi hija y mi reconocimiento será eterno.

—¿Tú reconocimiento?—murmuró Pablo con voz triste, mientras sus ojos se fijaban en Mercedes llenos de amor inmenso.

—Sí reconocimiento... y mi amor,—balbuceó la joven siguiendo los impulsos de su corazón.—Porque te amo, Pablo; te he amado siempre y seguiré amándote con toda la fuerza de mi alma aunque nuestra desdicha nos separe.

—¡Borárase!

—Es preciso, pues tú te debes á tu esposa que te adora, y yo, muerto mi esposo, me debo á mi hija, á esa inocente criatura cuyo nombre honrado no puedo yo manchar para que un día se avergüence de llamarme madre. Y no intentes,—continuó con triste acento pero seguro y firme,—no intentes convencerme de lo contrario, pues mientras mi hija aliente, mi honor es la suya y he de guardarla como la guardaría tú en mi caso con decisión, con valentía á costa del mayor sacrificio y aunque el corazón se retuerza y sufra y llore el alma triste y sola presa de mortal angustia, de desesperación eterna.

Por la frente de Pablo cruzó una idea terrible, sus negros ojos brillaron con fulgor siniestro, sus manos crispadas apretaron con fuerza las de Mercedes y arrojándola junto á su pecho murmuró en su oído con reconcentrado acento:

—¿Y si tu hija muriese?

—¡Pablo!—gritó la apenada madre poniéndose en pie y envolviendo á su amante en una mirada tranquila y serena en la que brillaba la majestuosa dignidad de la mujer herida en lo más profundo de su corazón enamorado.

—¡Perdón!—balbuceó Pablo arrojándose á los pies de su amada,—perdona mi loco egoísmo; salvaré á tu hija.

Y así diciendo fregóse triste y digno y con seguro paso salió de la habitación y de la casa, marchando á la de sus padres que ya le esperaban con los brazos abiertos.

Tres días después, cuando los primeros rayos del sol ardiente doraban las altas cumbres de la coreana sierra, recibía Pablo la siguiente carta.

El médico del pueblo acaba de decirme que mi hija se ha salvado. Me has cumplido tu palabra. Te amo. ¡Adiós para siempre! El hombre de ciencia oíó un grito de alegría al ver que una vez más había triunfado de la muerte; el amante irrumpió la frente, lanzó un suspiro y de sus tristes ojos rodaron dos lágrimas abrasadoras que fueron á caer sobre la carta de su amada!

PEDRO BONET ALCANTARILLA

## EL ARTE CONTEMPORANEO

Entre los jóvenes artistas que descuellan en Inglaterra ocupa uno de los primeros lugares Jorge Harcourt, notable por el sumo perfeccionamiento de su educación técnica, bajo la dirección de Herkouzer. Buena prueba de ello es la *Psiquis*, admirable desnudo en tamaño natural, inspirado evidentemente en la manera del célebre Watts. Trataba la figura idealmente, casi monumentalmente, es al par que decorativa en alto grado, un modelo de poesía. La pobre Ninfa le da su adiós al mundo para ir a buscar la muerte en el seno de las aguas. Nada más sugestivo que el fondo del cuadro, con sus árboles y flores y su cielo en plena luz, que contrasta con las tinieblas del abismo á que va á arrojarla la infortunada amante de Eros.



EL ADIÓS DE PSIQUIS, cuadro por J. d' Harcourt

la de South Kensington, donde pudo á su guisa copiar las obras de los grandes pintores que más se avenían con sus aficiones, y especialmente á Velázquez, en lo cual no hizo más que lo que habían hecho anteriormente sus compatriotas Whistler y Sargeant. De tales estudios sacó Shannon el estimable mérito de no fijarse más que en el grano despreciando la paja.

Harcourt es esencialmente un colorista, entendiéndose por tal el que sabe combinar el color con los tonos, sin lo cual el color es un simple pigmento.

Descuellan Shannon como retratista, y en tal concepto ninguna obra da tan clara idea de su manera de entender el arte como el retrato de Enrique Irving, el famoso actor inglés, en el papel de Luis XI. Es Shannon un artista que reúne originalidad, poder de expresión y sano juicio en la elección de los accesorios, no sacrificando jamás la belleza á la verdad.



ENRIQUE IRVING EN EL PAPEL DE «LUIS XI», retrato por A. Shannon

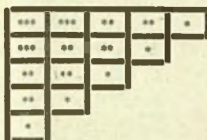


# PEPITORIA

## COMEDIAS NUEVAS

Se han estrenado recientemente en París: *Los Médicos*, comedia de Lavédan, que ha durado poco en el cartel; *La Vena*, de Capus, lindísima y hasta cierto moral; *Por el amor*, de Derchain, tragi-comedia romántica, de *costumbres* españolas del siglo XVII; *El Verítimo*, de Provins, apoteosis del perdón del adulterio; *Le Course au flambeau* de Paul Hervieu, é inusualmente desconsoladora y falsa.

## TRIÁNGULO SILÁBICO



Sustituídos los asteriscos por letras se leerá horizontal y verticalmente:

- 1.ª línea.—Estado de la Unión Norteamericana.
- 2.ª—Nombre de varón.
- 3.ª—Adjetivo (diverso ó diferente).
- 4.ª—Islla de Grecia, célebre por el sepulcro de Homero.
- 5.ª—Vocal.

## EXEMPLOS INDUSTRIALES DE LA LECHE

Con la caseína que procedo de la coagulación de la leche se obtiene un marfil artificial llamado *la lactita*, que sirve para fabricar bolas de billar, mangos de cepillos para los dientes, peines, etc.

Tratando de cierta manera la leche desnatada preparan varios industriales una pasta que hace en pastelería las veces de los huevos y cuesta menos que estos.

La caseína combinada con las bases alcalinas forma cimientos hidráulicos. Basta cortar el cuajo á peladitos que se hacen secar rápidamente y se reducen á polvo fino; mézclase éste con el 20 por 100 de cal viva en polvo; si se guarda este cemento en un frasco bien tapado y se le añade el 1 por 100 de alcapón se conserva por algún tiempo.

Desde hace muchos años se emplea la leche desnatada en el encañado de los edificios á fin de evitar que se do cascarse. Con este objeto

se la mezcla con cal para que resulte una papilla espesa.

La *lactarina*, á su vez, es un preparado do caseína casi pura, que disuelta en amoníaco, sirve para espar los colores en el estampado de los algodones.

Si usara usted el callicidia del doctor LADIVONSIM estaría usted sin callos como me sucede á mí.

La inaudita popularidad que en breve tiempo ha alcanzado NUEVO SIGLO no es más que el justo premio á la exactitud con que realiza su programa de instruir deleitando. Todos hallan provecho en su lectura, y ciertamente no hay publicación alguna que mejor interprete las necesidades intelectuales de las clases populares, ávidas de ilustración.

Buscamos la dicha en la novedad, y se halla en la rutina.

Latente, cuando no está patente, la improbidad circula como una savia malsana por todas las ramas de la actividad social.

Podría escribirse un libro,—muy buen libro,—con solo evocar todos los tesoros y todos los encantos aniquilados por el progreso.

La justicia es una ilusión que se forma el hombre y que no responde á ninguna realidad de la naturaleza.

El justo debe aprender á nadar en la iniquidad de los unos y de los otros y de todo el universo, so pena de ahogarse.

Nadie tiene á menudo más culpa que el que cree siempre tener razón.

Hay en el día tantas personas que se dicen célebres que no se saben ya sus nombres.

La mayor parte de las convicciones son hijas adoptivas del interés.

## AMOROSAS

Subí al cielo y no encontré ni en el rincón más profundo,

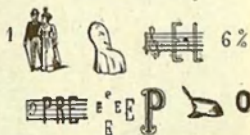
dos luceros que alumbrasen más que tus ojos al mundo.

En tu boquita de gloria debes tener un jardín, porque al estampar mis besos me da olor á flores mil.

Dicen que el aire se lleva, los suspiros que exhalan, pero los tuyos bien mio van derecho á mi alma.

G. GÓMEZ FERNÁNDEZ

## GEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número.

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

## Intrigüis.—

1 2 3 4 5 6 7 8  
ASNO CONO-ROA-L-CAN-ZA-LOTO DO  
(Asno con oro alcanzalo todo)

## Jeroglífico.—

Si me quieres encontrar debes procurar buscarme, caminito de tu casa ó rondando por tu calle.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. M.—Zaragoza.—Gracias por el envío, y en cuanto recampo lo publicaremos.

P. X. G.—No debe usted extrañar que todavía no me parezca publicable lo que escribe. Trabaje usted, sea mucho, estudie y conségale hacer algo bueno, pues no le faltan á usted facultades.

F. O. N.—¿Te acuerdas? es un verdadero modelo de versos rítmicos. En quince versos hay seis ocos; además, el llamarse *profeta* á la luna es abusar de su paciencia.

S. P.—Haro.—Me gusta la intención, pero la forma deja algo que desear. No por eso tiene usted que desanimarse. Otra vez será.

B. O.—Sitija.—Es inimitable.

A. del A.—Zaragoza.—El soneto es bellísimo, y se puliría con todos los honores que le corresponden.

J. L. de A.—Madrid.—El argumento es nuevo, pero el desarrollo del cuento peca de difícil y no es literario.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. \* INVENTE SÍ, NO SE DEVIENE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLATA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

